

Vidas de perros

Anamari Gomís

En este fragmento de un libro más extenso titulado precisamente Vidas de perros, Anamari Gomís, quien recientemente publicó Los demonios de la depresión, aborda un tema de profundo interés humano: la vida de los animales —en este caso un perro inerte— que habitan el infierno ciudadano.

Como todos sabemos, aún hay gente que abandona por el mundo a sus animales. Esto conduce a otro tema, que a mí me arroja a la furia y al histerismo. El pasado domingo, un domingo cualquiera para efectos de estas historias que cuento, mi hijo Sebastián y yo transitábamos por el periférico, cerca de las dos de la tarde, hacia una tienda de teléfonos celulares del sur de la ciudad. Sebastián insistía en adquirir un mejor equipo, a pesar de que ambos ladrábamos de hambre. Llamando yo desde mi móvil para reseñar una mesa en un restaurante y mirando el paso presuroso del paisaje, atisbé en el carril de alta velocidad a un perro de pelo cobrizo, metido en un hueco junto al muro de contención, una alcantarilla a lo mejor. Pegué un grito de loca tal, que Sebastián se retorció al volante estrujado por una descarga de adrenalina. Como no podíamos detenernos ni echarnos para atrás, en aquel río de autos que van tan de prisa, fuimos a buscar el celular, mientras a mí se me cocían los nervios por salvar al pobre perro. El problema era que no sabíamos cómo hacerlo y yo no podía exponer la vida de mi hijo inmovilizando el coche en los rápidos del automovilismo dominguero.

La primera reacción fue volver en el primer retorno que nos acercara al perro. Mi hijo se estacionó en una calle junto a la lateral de la vía rápida e inmediatamente yo, como una auténtica demente, descendí del coche, crucé y trepé un montículo, con unos lindos zapatos rojos de tacón, para acceder a la incontenible corriente de autos. Habíamos dado con el sitio. Allí permanecía el perro de pelambre bermejo, encadenado a algo que no

lograba yo divisar. Intercambiamos miradas festivas. El animal parecía estar bien. Le hablé, en lo que arriba, en la pasadera peatonal que cruza hasta el otro sentido del periférico, una mujer con sus hijos comprendía mis esfuerzos y se solidarizaba conmigo. Imposible resultaba atravesar hasta donde se mantenía el perro, ya que por desviada que me encuentre de la cabeza, no alimento instintos suicidas. Mi hijo se me unió y, a petición de la mujer que se inclinaba sobre el barandal del puente, que debía hablar a gritos para que la oyéramos, marcó a los bomberos por el celular, explicó el caso y, simplemente, le colgaron. El rumor constante de los automóviles continuaba dificultando nuestra conversación con la señora que nos veía desde arriba y nosotros a ella desde abajo. Creí que Sebastián se desesperaría, que el síndrome Gomís del hueco en el estómago unido al mal humor volvería ilusoria mi empresa, pero no ocurrió así. Le propuse que buscásemos otro retorno para regresarnos en sentido inverso, hacia uno de los *headquarters* de la Secretaría de Seguridad Pública, o sea de la Policía Federal. Sebastián, que se había pasado criticando mi proceder cotidiano gran parte de la mañana, y a pesar de que le sonaba a pura chifladura mi propuesta de apersonarme en el edificio policial de Periférico Sur, condujo hasta allí. Otra vez bajé del auto, con mi vestido vaporoso de verano, blanco y negro, y mis distinguibles zapatos de color encarnado. Caminé segura de mí misma, sin bolsa en la mano, hacia los uniformados que cuidaban la entrada, todos ellos armados hasta los dientes. Me miraron con desconfianza, debido a que atravesamos una beligerante

época de enfrentamientos entre los preservadores del orden y los narcotraficantes. Todos los días mueren policías y militares y se llevan a cabo espantosos ajusticiamientos, ejecuciones que marcan el dominio bárbaro del tráfico de drogas. ¿Cómo podían estar los policías ciertos de que yo no era un anzueto, que no me desprendería, por ejemplo, de una potente bomba en la puerta, sin que ellos se dieran cuenta?

Me permitieron pasar y desde la caseta de recepción, después de narrarles a trompicones el asunto del perro desamparado, telefoneamos a los bomberos, otra vez, y di la dirección del poderoso edificio de Seguridad Federal.

Agradecí mucho el favor, salí a la calle y me senté dentro del coche a esperar la camioneta de bomberos. Sebastián oteaba por el espejo retrovisor y no se quejó en lo absoluto del ayuno que nos incomodaba. Llamé al restaurante que nos mantendría la reserva hasta las 3:15 de la tarde, ni un minuto más, pero cuando les conté lo del perruco, se conmovieron y extendieron el tiempo para esperarnos a comer. Al cabo de un ratito, uno de los guardias, el que en aquel espacio de ingreso a la Secretaría de la Policía Federal parecía representar mayor autoridad, tocó la ventanilla de mi lado, con el objeto de asegurarme que los bomberos habían telefonado para avisar que ya venían en camino.

La camioneta roja de bomberos pasó y se siguió de largo. Logramos alcanzarlos en la avenida Luis Cabrera, donde, despistados, dieron una vuelta prohibida para entrar de nueva cuenta al periférico. Intentamos hacer lo mismo que ellos y, justo en ese momento, nos detuvo una patrulla. Me asomé por la ventana y les expliqué a los patrulleros nuestra misión. Como pertenecían a la Delegación de San Jerónimo Lídice, que allí llegaba

a sus límites, solicitaron por radio que otra patrulla nos alcanzara más adelante y nos acompañara hasta el punto de difícilísimo acceso en el que se encontraba el perro. Antes de que la camioneta de bomberos doblara rumbo a la vía rápida, saltando y moviendo los brazos durante un semáforo rojo, logré que el conductor me divisara. Por fortuna me vieron, se bajaron y les expliqué con precisión el lugar al que necesitábamos arribar. Íbamos adelante mi hijo y yo, mientras, protegidos por el carro de bomberos, que anunciaba a los autos acelerados, con sus luces intermitentes y su emblema de salvación, que disminuyeran la velocidad.

Segundos más tarde, cuando se nos unió la patrulla que dependía de otra delegación citadina, abordamos el periférico. Al alcanzar el paraje preciso donde hallamos al perro estancado por una cadena atorada en alguna alforza del cemento, ya no había animal de pelaje largo y coralino, sino un denso vacío y el rumor de los autos en estampida. Abandonamos todos en cortejo la vía rápida y nos detuvimos en la lateral. En mi billetera guardaba cien tristes pesos, nada más, porque olvidamos pasar al cajero que da dinero. Dividí la pequeña cantidad entre los héroes de la vida urbana, quienes a esas alturas seguro pensaban que yo era una pinche vieja loca de atar.

Rumbo al restaurante, donde luego nos recibieron ávidos de conocer la historia, pensé que había alucinado al animal atrapado dentro del agujero frente al que pasaban los coches a toda velocidad. Mi hijo, sin embargo, también lo había visto, como también la señora que cruzaba con sus hijos el puente peatonal. Al perro de expresión simpática lo rescató alguien sin la ayuda de agentes policiales, ni de los bomberos ni de la patrulla que provenía de otra entidad citadina. [U]

